

El vacío del corazón

Por:

Borja López Arranz

Estudiante doctoral en la Universidad Complutense de Madrid

Para llegar al cielo, como diría Julio Cortázar, tan solo se requiere una piedrita y la punta de un zapato; y tal es quizá lo necesario para adentrarse en la espesura de la rayuela que es el pensamiento de María Zambrano. Apenas se ha pensado acerca del carácter musical de este juego, en que se ha de pasar por la escala completa de las casillas para unir tierra y cielo, en que el baile y el canto acompañan a quienes la juegan hasta poder al fin saltar sobre el cielo que se ha hecho presente en el mismo suelo que sostiene sus pasos; en ese lugar de la plaza en que se superponen diariamente distraídas pisadas, pero que, por obra de simples tizas de colores, se convierte repentinamente en el centro del mundo; haciendo quizá de esta manera efectivo el dictum alquímico tan querido por Zambrano que pedía hacer de la tierra cielo y, del cielo, tierra preciosa.

Para llegar a los diversos centros de la obra zambrana igualmente se debe recorrer toda casilla de su pensar, parando mientes en cada uno de sus símbolos –en su propia expresión: sin ahorrar abismo alguno– para poder descifrarlos o traducirlos y, finalmente, enmarcarlos de manera unitaria en un marco de referencia que abra un horizonte de comprensión adecuado. Y la tarea que aquí quiero, cuando menos, plantear para con el símbolo del corazón es la reconstrucción del sentido que el atributo de abierto de este símbolo tiene en su obra y, especialmente, clarificar por qué incide con tanta persistencia en que el corazón ha de ser un espacio vacío.

Para dar cuenta de este símbolo tres son los lugares privilegiados que sirven como puntos cardinales: los escritos que Zambrano publicó bajo el mismo rótulo de “La metáfora del corazón”, a saber: el aparecido en la revista *Orígenes* en 1944 (y posteriormente recogido en *Hacia un saber sobre el alma*), el dado a publicar en 1965 en *Semana* (y reeditado en el año 2001 por la revista *Aurora*), y el quinto capítulo de *Claros del bosque*, impreso por vez primera en 1977. Aún pensando sobre la misma temática, los tres escritos son distintos entre sí a la manera en que difieren musicalmente variaciones en

torno al mismo tema, es decir: manteniendo un mismo patrón armónico y alternando los elementos de la composición sin menoscabo de su sentido. Los acordes sobre los que se sostienen estos tres escritos los abordaré en cada uno de los posteriores epígrafes, y son, por una parte, la caracterización del corazón como lo otro de la razón, donde plantearé las bases de la oposición en que ha consistido la relación entre razón y corazón en el marco de la filosofía occidental; y, por otra, la cualidad del espacio y del tiempo que porta y crea el corazón, en que centraré el hilo argumental en la concepción zambrana del corazón como un espacio vacío. Asimismo, un tercer y último acorde sería recurrente a lo largo de estos escritos sobre el corazón: su función vivificante y unificadora, que tal es lo que queda en el vacío propio del corazón. Sin embargo, esto solo quedará señalado por requerir su justa exposición un mayor desarrollo que a los límites de este escrito escapa.

Lo otro de la razón: el no y el sí al corazón

La historia de la filosofía occidental ha sido la historia de una autoafirmación: la autoafirmación de lo racional del ser humano hasta que ha podido ser identificado con lo real mismo. Y, si el pensamiento zambrano, en acertada expresión de Mercedes Gómez Blesa, representa «una de las reflexiones más radicales sobre el logos de la tradición metafísica»², entonces es a las raíces de esta autoafirmación a donde hemos de conducir nuestra mirada. Así lo hizo Zambrano, y su estudio le llevó a evidenciar que estas raíces se hundían en un suelo bajo el que yacía aquello que la razón ha necesitado, en el mejor de los casos, acallar, y, en el peor, aniquilar para hacer efectivo su autoafirmarse, por lo que su atención se dirige frecuentemente a las víctimas del poder ejercido por el modelo de racionalidad imperante en tal tradición. Su pensar, pues, consistirá –como dirá Jesús Moreno Sanz a tenor de Louis Massignon, a quien Zambrano reconocerá como su último maestro– en un ejercicio de:

[...] acoger en sí mismo lo extraño, lo expatriado, lo rechazado, lo perdido, lo inexplicado, lo expoliado, lo que sistemáticamente,

desde su otredad y diferencia, es objeto de injusticia³.

Y aquello que, en el plano del pensar, desde los comienzos de la filosofía occidental ha quedado casi invariablemente borrado y relegado su estatus al de la alteridad es lo por Zambrano recogido y unificado –que tal es la etimología y el sentido de «símbolo»– en el corazón. En una preliminar aproximación a su condición, primeramente negativa y desde la lógica de la otredad de la racionalidad hegemónica, podría entenderse al corazón como lo no hecho o producido por la autonomía del sujeto y la pura acción de su pensamiento; lo oscuro y confuso que no se deja definir con la exhaustividad, completitud y coherencia propias del solo concepto; lo quizá demasiado humano del peculiar viviente en que la absolutez de la razón no ha tenido más remedio que instalarse y que le corta las alas de su autodespliegue histórico; lo que el sujeto habría de, ya con Zambrano, «descontar o apartar para ver más claramente o para juzgar con mayor justicia»⁴.

El edificio de la racionalidad imperante habría sentado paradigmáticamente sus bases en una muy determinada lectura del Aristóteles de, por una parte, la conceptualización del motor inmóvil en el libro XII de la *Metafísica* como dios que se piensa a sí mismo, acto puro cuyo pensamiento es pensamiento de pensamiento y mueve sin moverse; y, por otra, la caracterización del intelecto agente en el libro III del *Acerca del alma* como lo más digno del ser humano: activo, separable, impasible, divino e impersonal; edificio cuya cúspide sería el Hegel que, ya en el cuarto capítulo de la *Fenomenología del espíritu*, «La verdad de la certeza de sí mismo», encuentra la plena libertad y autonomía del sujeto tras una lucha a muerte aun sin salir de sí –pese a que esta libertad, a lomos de la historia, se vea a la postre obligada a hacerse mundo bajo la forma de un Estado–, solamente en el movimiento de los conceptos para el que no se requeriría sino la acción del pensamiento en orden a hacer coincidir a la razón consigo misma.

Así, pues, en este edificio no habría cabida para los dos aspectos que, ahora sí, positivamente, serían propios del corazón, a saber: su condición carnal y su estar abierto, en una particular pasividad activa, a lo otro de sí. Estas propiedades del corazón habrían sido las recurrentes resistencias o catacumbas de los devenires histórico-espirituales triunfantes en Occidente, con la salvedad de algunas perlas escondidas en la tradición filosófica a que Zambrano prestará especial atención, y a partir de las cuales descubrirá los vericuetos a través de los que dar en concepto el núcleo de la esencia del corazón. Tres son los eminentes guías en estos senderos: Max Scheler y su *Ordo amoris*, la *Ética* de Baruch Spinoza y las *Confesiones* de san Agustín. Un estudio a fondo y en forma del diálogo que mantiene con cada uno de ellos excede la extensión de este escrito⁵; no obstante, y casi telegráficamente, hemos de rescatar de sus pensamientos ciertos lugares que allanen el camino hacia la comprensión del alcance y sentido que tiene la apertura del corazón y la máxima que prescribe: «nada real debe ser humillado»⁶. Todo lo cual, veremos más adelante, tendrá como condición de posibilidad el carácter vacío del espacio que el corazón es.

De su lectura de Scheler subraya Zambrano la puesta en relieve que hace de las líneas fundamentales del ánimo, que encuentra como verdadero núcleo del ser espiritual que el humano es, más allá de su condición de ser pensante, cognoscente y volitivo⁷. Estas líneas fundamentales del ánimo –llamadas por el propio Scheler simbólicamente “corazón”– escaparían a la aprehensión del solo entendimiento por sí mismo; mas no serían, empero, una suerte de amalgama irracional o sentimentaloides, sino:

[...] el reverso articulado del cosmos de todos los posibles caracteres amables de las cosas [...]. El corazón posee algo estrictamente análogo a la lógica⁸.

Y esta lógica del corazón, análoga a la del entendimiento, será aquello de que, con mayor o menor fortuna, Zambrano intenta dar cuenta y sistematizar en, de nuevo con expre-

sión de Jesús Moreno Sanz, una lógica musical –y geométrica– del sentir⁹.

Esta lógica del sentir, en que tan axial lugar ocupará el símbolo del corazón, igualmente se ve impulsada y sostenida por aquel diamantino pensamiento que para Zambrano representa la Ética de Spinoza, y el matemático rigor con que pretende ordenar la peculiar pasividad activa de los afectos en aras de potenciar la capacidad de obrar y conocer de la una y misma cosa que son cuerpo y alma. Ordenación¹⁰ necesaria para, según la interpretación zambraniana, en esa quinta y otra parte sobre la libertad humana¹¹ dar con aquello que de eterno hay en el ser humano, a partir de cuya perspectiva podrá conocer lo particular y lo universal según el tercer género de conocimiento, y alcanzar así el mayor contenido del alma posible.

Esta eternidad que descubre Spinoza puede ser clarificada, en el marco de las pesquisas zambranianas, gracias a la noción de interioridad que san Agustín aborda con pormenor en el libro X de sus Confesiones. Y es que descubrirá en este punto que a través de –y solo a través de– el ministerio de los sentidos y del cuerpo puede el ser humano abismarse en sus adentros; que solo a través de la ascensión, el recorrido y el acogimiento de las dimensiones más profundas de las luces, melodías, fragancias e imágenes del mundo exterior podrá hallar realización plena el amor; y precisamente gracias a que tal profundidad se habrá encontrado también en el propio sí mismo, en el corazón y su interioridad, «donde destella a mi alma eso que el espacio no acoge, y donde suena lo que el tiempo no se lleva»¹².

Operando, casi en un sentido kantiano, de manera trascendental y siguiendo las guías de Scheler, Spinoza y san Agustín, vemos que esta lógica musical y geométrica del sentir requiere de un tiempo y de un espacio determinados; más anchos¹³ que los de la conciencia al uso, lineal o discursiva; o, en sus propias palabras, un tiempo marcado por «un ritmo que todo lo mide, todo. Un ‘tempo’ diferente. Y hasta un espacio donde las figuras se mueven de distinta manera»¹⁴. Un tiempo en cuyo

ritmo no disrumpe el de ninguna realidad y un espacio en que –recordando el Cántico espiritual– puede comparecer toda presencia y figura, pues, serán los propios del corazón y de los fenómenos por él y en él acogidos; condición de posibilidad de un ordo amoris acorde con esa spinoziana cierta forma de eternidad que prescribe la máxima de la no humillación de nada de lo real. Así pues, en el siguiente epígrafe expondré las notas distintivas de este espacio, dejando la exposición del tiempo para trabajos venideros.

El espacio del corazón: vacío y apertura

Lo primero que cabe resaltar es que, desde «La metáfora del corazón» de 1944, Zambrano advierte de la índole espacial del corazón y le dota de las tres dimensiones de altura –o bajura–, anchura y profundidad¹⁵. Y si, como sigue diciendo, el corazón es por excelencia un espacio íntimo, y la intimidad consiste en el ofrecerse de una interioridad que no por ello deja de serlo, que no se ofrece para salir de sí sino para dejar entrar en ella a lo exterior tal cual es, entonces este espacio habrá de ser vacío, es decir: no podrá estar lleno de las representaciones de la conciencia que copan la vida interior de un sujeto tan solo pensante que no se deja permear por las realidades que conoce; de un sujeto impasible cuyo único movimiento de salida de sí consiste en la apropiación de lo otro, en su conquista mediante el ejercicio del poder.

Esta conquista es únicamente posible en el espacio abstracto de la mera extensión, en que el hombre es medida de todas las cosas y puede cuantificar aquello que sea otro de sí, imprimirle su sello cual marca de propiedad y convertirlo así en cosa. En este espacio, pues, todo puede ser cualitativamente igual, homogéneo –y, en último término, intercambiable al modo en que se intercambian las mercancías del mercado–, en tanto que las diferencias cualitativas de cada ser han sido borradas en favor de su reducción a una ratio común y universalmente abstracta. Las cualidades de todo objeto que se le presente al sujeto, garantes estas de la multiplicidad y diferenciación de los seres que se le aparecen al humano en su vivir, quedan abstraídas en

el acto del entendimiento, incapaz de hacer ciencia de lo particular, así como en el ejercicio del poder. Y la posibilidad de que estas cualidades sean borradas radica en que, en el espacio de la mera extensión, no hay cabida para ellas; para aquellos seres que romperían la homogeneidad de tal espacio, que pondrían en jaque su continuidad en caso de que se les atendiera, de que se les prestase la atención que requieren sin abstracción de ninguna de las cualidades que les integran.

La naturaleza propia del corazón, como dije más arriba, y ahora con las propias palabras de Zambrano, consiste en ser «un espacio que dentro de la persona se abre para dar acogida a ciertas realidades»¹⁶. Estas ciertas realidades, pues, serán aquellos caracteres de los seres a que no les basta el espacio extenso y lleno para hallar presencia y figura; aquellas que necesitan del vacío porque solo en él dejan de ser víctimas, porque únicamente en él pueden habitar sin acoso, sin ser violentadas por la voluntad de imperio propia de un intelecto que aniquila la existencia de aquello que en sus categorías no cabe, cual si fuera el troquel con que se elimina la escoria del metal bruto para forzar la circular perfección de la moneda. Y aquí Kant, aun dándole a sus palabras un sentido distinto de aquel a donde él mismo conduce su razonamiento, nos da la clave de lo que en juego está llegados a este punto cuando, recordando a la ligera paloma de Platón, nos advierte de la imposibilidad que tendría el entendimiento puro para volar si batiera las alas de las ideas en el vacío¹⁷.

Pues que, en efecto, el entendimiento nada tiene que hacer en el vacío al necesitar la resistencia del aire, así como la gravedad, para su ascenso, para el despliegue de su plena fuerza.

Resulta insoslayable, en este momento, traer a colación la tematización del vacío que, en tan próximos años, a Zambrano hizo Simone Weil, quien escribirá: «No ejercer todo el poder de que se dispone es soportar el vacío»¹⁸. Y soportar el vacío es reconocerlo en los adentros allende las capas más superficiales en que el ego se cela tras las murallas construidas por voluntad y entendimiento.

Pues, sostenidas sus rocas por la sola gravedad, únicamente abren las puertas de caminos que conducen hacia los intereses más espurios de la persona, a las rutas que tienen tan solo como meta y acabamiento la autoafirmación para quienes pueden hacer uso de su poder; quedando a su vez cerradas para sobre quienes tal poder pesa, para quienes el único camino transitable es el intento de supervivencia bajo el ahogo del dominio.

La contraparte de este incesante ejercicio histórico-espiritual de violencia, tan propio de las configuraciones sociales y filosóficas occidentales, será la denominada por Zambrano pasividad activa del corazón en su abrirse, gesto que consiste en:

[...] su mayor nobleza, la acción más heroica e inesperada de una entraña que parece, al pronto, no ser otra cosa que vibración, sentir puramente pasivo. Signo de generosidad porque indica que aquello que primariamente es sólo pasividad [...] se transforma en activo¹⁹.

De nuevo Simone Weil resulta clarificadora a la hora de entender el estatus de esta pasividad y de su particular acción cuando escribe sobre la atención, pues entenderá que una mirada verdaderamente atenta requerirá de un “yo” pasivo, de una subjetividad que no se lanza a avasallar a lo real en busca de esencias –acto este que verá, de hecho, como producto de un horror vacuú causado por la no desaparición de las superficiales esferas del yo volitivo y con ansia cognoscente²⁰–, sino que las recibe y las reconoce tal y como ellas son; acción esta que es la más alta a que el corazón aspira: el amor.

En esta atención amorosa, en este movimiento de apertura, queda reintegrada la realidad total de los seres que en el corazón hallarían morada por ser –en expresión de Zambrano– el vaso vacío²¹ en que sus cualidades, su plena constitución, no son aniquiladas; el lugar en que pueden respirar, habitar o, sin más, ser. Espacio vacío en que el corazón consiste y que el corazón crea en su obrar, en su posibilitar el reconocimiento y la restitución de las heridas de aquello que ha sido objeto de violento oprobio; mas no son sus

heridas restituidas ni su plena constitución reconstruida por el ejercicio de este corazón, sino porque él es garante de que esas realidades, por ellas mismas, restablezcan su propio ser negado por la violencia ejercida. Por ello, la máxima que prescribe esta caracterización del corazón, aunque sea en primera instancia formulada de manera negativa –nada real debe ser humillado–, implica necesariamente una inmediata positividad; se instituye como motor de acción. Merece la pena leer completo el fragmento en que la enuncia:

Y de este modo, la multiplicidad, antes de establecerse como tal, se unifica, en equilibrio, sin que se borre ni se sumerja ninguna de las realidades que la integran. Pues que nada de lo que, como real, llega al corazón humano debe ser anulado ni mandado fuera, o dejado a la puerta; nada real debe ser humillado, ni tan siquiera esas semirrealidades que revolotean en torno del espacio viviente

del corazón, pues que quizá en él acabarían de cobrar la realidad que apetecen o de dar su realidad escondida²².

Este motor de acción no consiste sino en la desactivación de todo mecanismo de violencia que acalle las voces de quienes claman por la injusticia padecida, de quienes gritan y encuentran en el corazón caja de resonancia para que su grito sea escuchado y su opresión cese. Este motor de acción no consiste sino en el dejar hacerse en los interiores de las entrañas el vaso vacío que sirva para brindar, con el vino del amor y junto a quienes amamos, por aquello por lo que la vida merece ser vivida; por una ordenación tanto material como espiritual no regida según el principio de dominio; por la posibilidad de que una media luna pintada en el suelo con simples tizas de colores se convierta por un instante en el centro del mundo.

Notas

¹ Vid. nota 100 de Fernando Muñoz Vitoria en el Anejo a *Hacia un saber sobre el alma*, en Zambrano, M., *OOCC*, vol. II, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016, pp. 808-809.

² Gómez Blesa, Mercedes; *Introducción a Zambrano*, María; *Las palabras del regreso*, Madrid: Cátedra, 2009, p. 9.

³ Moreno Sanz, Jesús; “El visitador vespertino”, en Massignon, Louis; *Ciencia de la compasión*, Madrid: Trotta, pp. 9-10.

⁴ Zambrano, María; “La metáfora del corazón” (1965), en *Aurora*, N.º 3, Barcelona, 2001, p. 144.

⁵ Para una mayor profundización en las relaciones de Zambrano con estos tres autores, véanse, entre otros escritos:

Revilla, Carmen; “Correspondencias o sincronizaciones entre Max Scheler y María Zam-

brano”, en *Aurora*, N.º 8, Barcelona, 2007, pp. 63-73.

Llebadot, Laura; “Zambrano-Spinoza: elementos y tránsitos del pensar”, en Revilla, Carmen (ed.); *Claves de la razón poética*, Madrid: Trotta, 1998, pp. 139-148.

Russo, Teresa; “María Zambrano, intérprete de San Agustín”, en *Aurora*, N.º 3, Barcelona, 2001, pp. 68-74.

Y, para una comprensión más global y profunda de sus entrecruces con estos autores y, en general, de la totalidad de la cartografía de la obra de Zambrano, vid. Moreno Sanz, Jesús; *El logos oscuro*, Madrid: Verbum, 2008, 4 vols.

⁶ Zambrano, M; “La metáfora del corazón” (1977), en *Claros del bosque*, en *OOCC*, vol. IV, tomo 1, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018, p. 115.

⁷ Cfr. Scheler, Max; *Ordo amoris*, Madrid: *Revista de Occidente*, 1934, p. 110.

⁸ Ibid., p. 141.

⁹ Vid. Moreno Sanz, Jesús; “Roce adivinatorio mirada remota”, en Isegoría, N.º 11, Madrid, 1995, pp. 162-176. Y, para la dimensión geométrico-espacial de esta lógica, vid. Moreno Sanz, Jesús; Nota introductoria a OCCC, vol. IV, tomo 1, op. cit., pp. 9-447, así como Muñoz Vitoria, Fernando; Presentación a Notas de un método, en OCCC, vol. IV, tomo 2, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2019, pp. 3-21.

¹⁰ Dos serán los textos necesarios para descifrar la clave hermenéutica para comprender adecuadamente, por una parte, la matemática –y, por tanto, la geometría– que Zambrano aplicará a su pensar y que de Spinoza aprende; y, por otra, cómo esta ordenación spinoziana va a impulsarle a resolver su propia razón poética como mística. Textos cuya importancia, hasta la publicación de las OCCC, era mayoritariamente ajena al investigador y absolutamente desconocida para el lector, pues será en el aparato crítico del vol. IV, tomo 1, donde se explica el primero y se da el segundo. Dichos textos son: “Proyecto de metafísica partiendo de Aristóteles” (1954) en la Nota introductoria a este volumen, op. cit. pp. 18 y ss.; y “La ordenación” en el Anejo a De la aurora, nota 12, op. cit., p. 824.

¹¹ En especial desde su proposición XXII. Cfr. Spinoza, Baruj; *Ética*, Madrid: Trotta, 2000, pp. 257 y ss. Cabe resaltar la concepción de esta quinta parte como otra con respecto a las cuatro precedentes, de lo que Spinoza advierte en el prólogo de la misma, pero que, hasta las ediciones de Atilano Domínguez primero y de Pedro Lomba después, había quedado borrado en las traducciones españolas. Y será en esta –en puridad: segunda– parte donde Zambrano verá la resolución mística de todo el cristalino pensamiento spinoziano, el cual le llevará a ella misma a intentar dar la mística como teoría del conocimiento en su proyecto de *Crítica de la razón discursiva*, así como a distinguir las llamadas por ella misma vías positiva y negativa, según las cuales se articularán sus cuatro últimos y decisivos libros, como explica Jesús Moreno en la Nota introductoria al vol. IV. De nuevo, el texto de referencia es “La ordenación”.

¹² San Agustín; *Confesiones*, X, 6, 8, Madrid: Gredos, 2010, p. 477.

¹³ Vale la pena recordar aquí la bien conocida carta que Zambrano le manda a Rafael Dieste el 7 de noviembre de 1944 y que sirve como hoja de ruta de todo su pensar, dirigido no hacia una abolición de la razón sino hacia su ensanchamiento. Dice Zambrano que, lo que viene buscando es «algo que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética...», cit. en Moreno Sanz, Jesús; María Zambrano. *Mínima biografía*, Sevilla: La Isla de Siltolá, 2019, p. 89.

¹⁴ Zambrano, María; “La metáfora del corazón” (1965), en op. cit., p. 145.

¹⁵ Cfr. Zambrano, María; “La metáfora del corazón” (1944), en *Hacia un saber sobre el alma*, op. cit., pp. 463 y ss.

¹⁶ Ibid., pp. 463-464.

¹⁷ Cfr. Kant, Immanuel; “Einleitung”, *Kritik der reinen Vernunft*, A5 / B9, Frankfurt: Suhrkamp, 2017, p. 51.

¹⁸ Weil, Simone; “Aceptar el vacío”, en *La gravedad y la gracia*, Madrid: Trotta, 2017, p. 61.

¹⁹ Zambrano, María; “La metáfora del corazón” (1944), en op. cit., p. 465.

²⁰ Weil, Simone; “La atención y la voluntad”, en op. cit., p. 154. Correspondencia perfecta con la crítica zambraniana al voluntarismo que quiere suplantar a la acción del corazón cuando este se abisma en las oscuras profundidades de su vacío: «El discernir no es posible donde el vislumbrar se acaba. Se equivocaría peligrosamente este corazón [...] si intentara convertirse en voluntad. La voluntad sólo puede, cuando puede, en la luz del entendimiento que discierne las cosas y no tanto los seres», en “La metáfora del corazón” (1977), en op. cit., p. 116.

²¹ Cfr. “El hacer”, en OCCC, vol. VI, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 546-547: «Hay que hacer el vaso vacío y puro y resistente, para que en él se haga el espíritu. / No hay que hacer el espíritu tal como en el Romanticismo algunos incurrieron. / No hay que hacer el espíritu, sino el vaso. / Ser vaso vacío y resistente hacia fuera, / sin forma hacia dentro». Temática esta del vaso

vacío y del vino del amor igualmente presente en la mística islámica como en los rubayat de Omar Jayyam o la poesía Yalāl ad-Dīn Muhammad Rūmī.

²² Zambrano, María; “La metáfora del corazón” (1977), en op. cit., p. 115.



Borja López Arranz

Borja López Arranz estudió Filosofía y más tarde el máster en Estudios Avanzados en Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, donde actualmente realiza estudios de doctorado. Ha hecho una estancia doctoral en la Sapienza Università di Roma, Italia, e investiga sobre la obra de María Zambrano, prestando atención a las articulaciones que en su pensamiento hay entre filosofía, poesía, mística y gnosis. Ha participado en varios congresos y es autor de varios artículos en revistas académicas y capítulos en obras colaborativas.